

Amistar. El pozo abierto

Sealtiel Alatríste

Conocí a Isaac Seligson hace poco más de veinticinco años. Me había mudado a un condominio horizontal de la calle San Bernabé, en el barrio de San Jerónimo, para iniciar una nueva vida con mi mujer y poder traer a nuestros hijos (que vivían con nuestras ex parejas) a pasar los fines de semana con nosotros como si fuéramos una familia “normal”. No eran tiempos fáciles pero Edna y yo estábamos enamorados y confiábamos en que aquella casa sería propicia para nuestra recién estrenada pareja. Un amigo me había dicho que en el mismo condominio vivía un matrimonio con el que nos íbamos a llevar muy bien. Eran tantas mis preocupaciones que no le hice mucho caso y ni siquiera tomé nota de su nombre. Una semana después de que nos mudamos, estacionaba mi coche cuando se me acercó un hombre robusto, de barba revuelta, cabello rubio y tez colorada. “Hola”, me dijo, “yo soy Isaac, pero me dicen el Vikingo”. Le tendí la mano y le dije mi nombre. Él abrió los ojos, se rascó la barba y me contestó: “¡No mames güey! Yo te di tanto mi nombre como mi apodo, ¿qué es esa jalada de Sealtiel?”. “Es que así me llamo”, fue lo que se me ocurrió contestarle. Isaac soltó una carcajada y me pidió perdón. Aquella tratabillante presentación pronosticaba que íbamos a llevar una relación distante y tensa, pero muy al contrario, al poco tiempo nos volvimos amigos inseparables, y hasta el día de su muerte disfrutamos de una amistad plena y fructífera.

¿Qué provoca la amistad entre los hombres?, me pregunto al pensar en el tiempo que compartí con el Vikingo, ¿qué índices mueven nuestro afecto?, ¿qué vemos en los amigos a los que les confiamos nuestro cariño?, ¿en qué se diferencian amor y amistad? No soy lo que se podría considerar un

hombre *amiguero* y sin embargo creo que la amistad me ha dado parte de los mejores momentos de mi vida. *Amigo*, me doy cuenta, es una palabra ambigua, en cierta forma desvalorada. Conozco multitud de personas a las que les tengo afecto, en quienes inclusive confío, y los llamo amigos aunque sé que no sería capaz de contarles alguna intimidad. En realidad, no tenemos una palabra para matizar lo que sentimos por ese conglomerado amorfo, cercano a nuestro afecto, al que nos referimos por el genérico *amigo*. La amistad es un sentimiento para cuyos grados no hemos inventado un lenguaje preciso y tenemos que acompañarlo con un adjetivo: muy amigo, amigo distante, más o menos amigo, amigo entrañable. Nos sucede igual que con el hielo, desde que empieza a congelarse hasta poco antes de que se derrita, es simplemente hielo, y no tenemos un nombre para las diferentes fases del proceso de congelamiento o deshielo.

La amistad es un sentimiento del que hablamos poco y no nos atrevemos a adentrarnos en el laberinto emocional que nos procura. Recuerdo que en mi juventud, cuando se estrenó *Becket*, el filme con Peter O'Toole y Richard Burton, la pregunta que todos los hombres se hacían era si atrás del afecto que los personajes se manifestaban a raudales había amor o amistad. Por amor, obviamente, nos referíamos a relaciones carnales. En la misma pregunta me parece entrever una de las contradicciones que nos inhiben al hablar de la intensidad de la amistad: ser amigo elimina o no debe contener ninguna dosis de pasión. ¿El afecto de Enrique II por Becket incluía el deseo de llevárselo a la cama?, ¿se habían acariciado pero el filme censuraba esa manifestación de su cariño?, ¿puede haber amistad apasionada sin ser homosexual? Siempre me

quedé pasmado escuchando aquellas largas discusiones, pues implicaban que la amistad, intensa, entre los hombres esconde el deseo de uno por el otro. Que el deseo fuera prohibido era lo de menos, lo significativo era que la intensidad afectiva eliminara cualquier resto de amistad. Con las mujeres pasa tres cuartos de lo mismo: es natural que una amistad derive en deseo y que se acabe la amistad. La amistad es lo opuesto al deseo; pasión y amistad son irreconciliables. El verbo amistar, por ello, ha caído en desuso. “Unir en amistad” (como lo define el diccionario de la Real Academia) no incluye, no debe incluir, amar al amigo. La pasión con seres del mismo sexo se deja para *otros amores*.

Yo podría decir que amo a mis amigos, en diferentes grados, pero los amo a todos. Decir que fulano o perengano es mi mejor amigo me hace retroceder a los tiempos de la infancia, en que nos peleábamos por ser o no ser el mejor amigo de alguien o porque zutanito supiera que era mi mejor amigo y tomara conciencia de ello. La amistad entre primeros y segundos amigos, entre los que son más cercanos o más lejanos, es siempre una herencia perversa de la infancia. A pesar de ello, y por contradictorio que parezca, el elemento básico de la amistad entre hombres es infantil, somos amigos de aquellos con quienes nos divertimos, con los que jugamos a las maromas, a las cartas, al dominó o al fútbol, con quienes nos manifestamos afecto a gritos. La amistad deviene de la infancia porque amistar tiene un carácter lúdico. Confiamos jugando y quizá, también por ello, en la edad adulta nos conflictúa darle espacio al juego que finalmente es hacer amigos.

Es curioso, pero somos más libres para amar que para amistar aunque presumamos

de lo contrario. Frente a una mujer somos más o menos capaces de identificar nuestros sentimientos y darle nombre, la podemos amar, estar enamorados, enculados, odiarla aunque tengamos ganas de llevarla a la cama (u odiarla por eso mismo). Puedo decir incluso que en nuestra escala de valores un fracaso amoroso es más doloroso que una amistad truncada, que perder un amigo duele menos que dejar a una amante. Mi experiencia indica lo contrario, me duelen tanto ciertas rupturas amorosas como los fracasos amistosos que he tenido. De pocas cosas me arrepiento en mi vida, y sin embargo, creo que cuando Germán Dehesa y yo nos peleamos *a muerte*, los dos perdimos algo valioso y ninguno ganó nada. Da igual que en nuestra disputa él hubiera tenido la razón o la hubiera tenido yo, rompimos, nos volvimos intolerantes, y echamos por la borda una fuente de felicidad que hasta ese día nos había dado un sinfín de alegrías. Los ocho o nueve años en que no nos hablamos quizá sean los más pobres de mi vida, sentimentalmente hablando. He vivido lejos de otros amigos, de Guillermo Schavelzon, por ejemplo, que por razones personales se ha ido a vivir a otra ciudad, pero nunca he perdido su amistad, y a veces ha sido más intensa. Una de las características que diferencia a la amistad del amor es que no necesita la presencia física para llevarse a cabo. La amistad no se nutre de la nostalgia, ni se alimenta de la cercanía emocional, se sirve más bien de la concordancia de impresiones, basta la palabra escrita de un amigo para sentirlo cerca.

En el caso de Isaac Seligson supe desde el principio que éramos diferentes pero que íbamos a ser muy amigos, que había algo dentro de él, dentro de mí, que nos uniría. Si puedo decirlo con una cursilada, la nuestra fue “amistad a primera vista” a pesar del mal tono con el que empezó, aunque tal vez, que ambos le diéramos a aquel incidente un toque humorístico hizo que nuestra relación fuera divertida. Ya lo dije, el juego, la diversión, es el nutriente central de la amistad.

Isaac era un hombre de gustos contradictorios que se apasionaba por las cosas más disparatadas sólo porque le gustaban. Decía, por ejemplo, que Avi Hoffman, el violento heredero de la generación *beat*, era



Isaac Seligson Nisenbaum, 1989

un escritor memorable aunque nunca hubiéramos encontrado un libro suyo en las muchas librerías que recorrimos buscándolo. Un día supe que había publicado una nueva novela, *Soon to Be a Major Motion Picture*, y corrí a comprarla para regalársela a Isaac y que pudiera comprobar que tenía razón. La novelita desapareció rápidamente de los anaqueles pero eso no hizo que, en el criterio del Vikingo, Avi Hoffman fuera menos memorable.

Le gustaba escuchar música de los sesenta y principios de los setenta, y decía muy ufano que *Young Girl*, con *Gary Puckett and the Union Gap*, era una gran melodía porque le recordaba un amor adolescente. Uno podía pensar que tenía el gusto totalmente descompuesto pero igualmente se perdía escuchando las canciones de Joe Cocker, y en una ocasión me dejó deslumbrado cuando compró un disco de la mejor cantante catalana de la historia, María del Mar Bonet, y empezó a hablar de ella como si la conociera de toda la vida.

En su casa tenía colgada una litografía de Francis Bacon que hubiera dejado pasmado a más de uno, pero él prefería presumir que tenía uno de los pocos óleos de Juan José Gurrola. “¿No te parece que este cuadro es una chingonería?”, me decía cada vez que veíamos el cuadro de Gurrola col-

gado tras la barra en la que nos emborrachamos tantas veces. Yo lo miraba sin encontrar más mérito en la pintura que la pasión de mi amigo. ¿Qué lo hacía ser así?, ¿de dónde le nacían esas pasiones repentinas que nos obligaban a esperar media hora afuera del restaurante *Carnegie* porque en ningún otro lugar de Nueva York se comía el pastrami como ahí?

Siempre dije que la pasión por la vida lo consumía, que en Isaac vivir era un acto natural, sin más complicaciones que entregarse a ella, a la vida, que le brotaba a raudales por los poros. Cuando se separó de Jennie Ostrosky, su mujer de tantos años, nadie dudaba que Gabo y Lore, sus hijos, se iban a quedar a vivir con él. Así fue, y el Vikingo se entregó a ellos con furia y pasión. No pensaba más que en educarlos, hacerles la vida alegre, darles confianza. “Por más duro que sea lo que estás viviendo hay que entrarle bonito”, les decía. Bonito, era un adjetivo que le gustaba, y que de alguna manera reflejaba su pasión por vivir, pues vivir era para él un acto bonito, simplemente bonito.

En el tiempo que duró nuestra amistad, creo que nos dijimos muchas cosas, que nos confiamos casi todo lo que nos pasaba, lo bueno y lo malo, lo alegre y lo triste. Tengo la impresión de que compartí con él casi todas las decisiones que tomamos, no

sólo las importantes sino aun las más banales. Pero el recuerdo más profundo que tengo de nosotros fue que nos divertimos. Durante algunos años, cuando la paridad del peso frente al dólar nos era ventajosa, viajábamos cada año a Nueva York. En una ocasión paseábamos cerca de Central Park y vimos que el cielo se ennegrecía. Isaac dijo que conocía un bar en el que nos podíamos refugiar de la inminente tormenta. “Creo que está a la vuelta”, nos dijo. Jennie, Edna y yo seguíamos escuchando el tronido de las nubes. Corrimos cuatro cuadras bajo la lluvia pero no encontramos el famoso bar. Finalmente nos metimos en una cafetería rascuache. Estábamos tan empapados que un tipo nos preguntó: *Is it raining?* Solíamos la carcajada y a Isaac sólo se le ocurrió decir que qué mala suerte, el bar seguramente estaba en otra dirección. Tuvo que haber sido un 20 de octubre del 1981 antes de la devaluación del fin del sexenio de López Portillo, pues era cumpleaños de Edna, el último que pasamos con Isaac y Jennie en Nueva York. Hoy recuerdo aquella tarde, aquella carrera en pos de un bar inexistente, como un instante de rebosante amistad.

Le tenía tanta confianza, creía que lo conocía tan bien, que me serví de él para darle personalidad y nombre al narrador de mi segunda novela, *Quien sepa de amores*. Obviamente le pedí que la presentara, y al contrario de lo que esperaba, se puso nervioso, fue a tomar unas cubas a la cantina La Providencia —La Provi— antes de asistir



En 1991

a la presentación y llegó totalmente borracho. Leyó a traspiés un fervoroso elogio de la amistad y del orgullo que le daba ser el narrador de una novela que lo hermanaba conmigo. Al final, una señora se le acercó y le dijo: “conque usted es el escritor”. “No señora”, le contestó él, “yo sólo soy un personaje, y si me permite aclarárselo, el principal”.

A últimas fechas Isaac estaba triste, desanimado, pero no le di demasiada importancia. En junio nos reunimos a comer en una cantina de Benjamín Hill que sirve comida yucateca. Me acababan de diagnosticar un grave trastorno en la columna vertebral, y sabía que en poco tiempo tendría que operarme. Se lo dije a Isaac preocupado, y como él, por su trabajo, conocía un sinfín de médicos, se esforzó en conseguirme quien me diera otro diagnóstico. Durante la semana y media que tardé en decidir la operación, el Vikingo estuvo pendiente de que todo fuera bien y conservara el buen ánimo, pero curiosamente una vez que me intervinieron nunca me fue a ver al hospital. Me extrañó pero tampoco le di importancia. Hoy me doy cuenta de que estaba deprimido y no quería que se lo notara. Según parece le habían diagnosticado cáncer en el estómago y no quería compartir con nadie la noticia, seguramente tenía miedo de que yo notara su enfermedad. Durante años, Isaac se dedicó a tratar pacientes terminales. Como psicólogo conductista había elaborado programas que ayudaban a los enfermos a superar la enfermedad o a sobrellevar los efectos de las diferentes terapias. Debía estar al tanto de lo avanzado de su trastorno y de lo inútil que iba a resultar cualquier tratamiento.

Un mes después de mi regreso a Barcelona recibí un recado en mi grabadora. “Espero que estés bien, lo siento de veras”, me decía Lety Viesca, una amiga que Isaac me había presentado. Le hablé inmediatamente. Si el recado venía de ella tenía que ver con el Vikingo. “¿Qué pasó?”, le pregunté apenas me contestó. “¿No sabes nada?... Isaac se suicidó”, me dijo con miedo. “Se dio un tiro. Es lo único que sé. Creí que te habían avisado y que te sentías muy solo. Quería darte el pésame”. Efectivamente, me sentí solo, solo como pocas veces, varado en Barcelona, sin saber qué pensar, qué decir, a

quién acudir para que me dijera la verdad. Hacía mucho que no lloraba pero las lágrimas se me vinieron en un alud y no pude parar por mucho rato.

Dos días después, Leonardo Reynoso, un médico amigo de Isaac, con quien acababa de publicar un libro, me escribió dándome los detalles del suicidio.

Te cuento, me escribió Leo: El pasado lunes 9 nos fuimos a comer el Vikingo y yo. Estuvimos en La Provi y la pasamos realmente bien, platicamos, me contó las historias más recientes de la Facultad, planeamos cómo seguirle con el libro que teníamos pendiente y quedamos de continuar con el trabajo la siguiente semana. Como siempre, nos hablábamos diario y nos enviábamos mensajes. Ni los mensajes ni las llamadas señalaban alguna dolencia.

El miércoles por la noche el Vikingo llamó a casa, habló un rato con mi mujer, ya que a ella le iban a practicar una tomografía. Yo hablé con él y me dijo que ese jueves no lo fuera a buscar a la Facultad, ya que las secretarías no laboraban y para evitarse el trabajo de dar información y ver constantemente alumnos, no acudiría. Esa noche me enteré de que a Javier Nieto, el director de la Facultad, le había dicho que no asistiría porque tenía consulta médica con Juan Ortega, el cardiólogo del Hospital Ángeles del Pedregal. También supe que en su casa dejó dicho que se iba a Toluca.

A eso de las 10:30 de la noche recibí en casa un llamado de Gabo quien muy serio me informó “mi papá se quitó la vida”. María Rosa y yo salimos hacia la casa del Vikingo y nos encontramos a Jennie, a Ricardo, a Sergio y a Mark, sobrinos del Vikingo, y a Ricardo Zelaya, su amigo pediatra. Él nos contó que Isaac le llamó por teléfono a eso de las 6:15 pidiéndole que lo fuera a ver al hotel Royal porque tenía un pedo legal. El Vikingo fue muy insistente y Zelaya fue de inmediato. No sé si antes o después, su hermano Yanko recibió una llamada en que Isaac se escuchaba inquieto, llorando, y le decía lo mismo: que tenía un pedo legal, que fuera inmediatamente a ayudarlo. Yanko le habló a su hijo Mark, que trabaja cerca del hotel y podría llegar antes. Mark, preguntó por el Vikingo, abrieron el cuarto donde estaba registrado y allí lo encontraron, con una pistola colgando de su mano, aún con alguna actividad refleja, con su licencia de manejo en el buró y unas notas póstumas en las que comu-

nicaba su decisión ya que se encontraba enfermo de cáncer.

Si estuvo enfermo, jamás lo supimos; el Vikingo iba diariamente al trabajo, jamás nos enteramos que viera a un oncólogo, no recibió tratamiento de nada, estaba del mismo peso, del mismo color. En fin, no había ningún signo o síntoma que nos hiciera pensar en un final súbito e inesperado. Por fortuna, y gracias a la intervención de la comunidad judía, no hubo denuncia policiaca ni problema legal, más allá de la autopsia de ley, y a eso de las seis de la mañana del viernes 13 entregaron el cuerpo. Por decisión de Gabo, lo enterraron en el cementerio de la colonia judía, el mismo viernes a eso de las 10:45 de la mañana. Así que entre la muerte y el entierro pasaron apenas dieciséis horas. Tal parece que el Güerito lo tenía todo planeado. Olvidé decirte que en su casa Gabo encontró unas cartas en donde decía que tenía cáncer y que por eso tomaba la decisión ya que no quería ni gastar dinero inútilmente ni que sus hijos sufrieran ante su deterioro progresivo e irremediable. Incluso dejó instrucciones para que su hijo diese de baja las tarjetas de crédito. Todo fue demasiado rápido, el Vikingo se fue de la vida como se iba de las fiestas..., sin que nos diéramos cuenta.

A estas alturas sigo pensando que no es cierto, que la caja que vi bajar ese viernes no llevaba al Vikingo, que se está escondiendo como acostumbraba y va a aparecer nuevamente. En fin, esto es lo que recuerdo. No sé si esta nota sea suficiente (no lo creo). Supongo que de todos modos debes tener muchas dudas e inquietudes. Yo también sigo sin entender las cosas.

A Isaac le gustaba escaparse de donde estuviera. Lo hacía sentir muy orgulloso, váyase a saber por qué, salirse de las reuniones sin que nadie se diera cuenta. En una ocasión, una chica lo invitó a una cena en su casa. Seguramente esperaba que se quedara a pasar la noche con ella, sin embargo, en la madrugada, con la fiesta en su apogeo, Isaac dijo que iba al baño, se levantó, y nadie se dio cuenta de que se iba. Dos semanas después se encontró con la chica de marras, quien pasó a insultarlo. “¿Qué no sabes que siempre me escapo?”, preguntó Isaac sorprendido. No lo sabía, ni, como me dijo Leo, sus amigos sabíamos hasta dónde iba a llevarlo la manía por escaparse.



Con sus hijos Gabriel y Lorena, 1989

No puedo dejar de pensar en él en el cuarto del hotel Royal, antes de darse el tiro que acabó con su vida. Mi hija Mariana le había hablado ese día y él le prometió que se verían el siguiente lunes pues tenía que ir a Guadalajara. Había despedido a todos menos a él: esa tarde estaba solo frente a su decisión. Muchos años atrás, su hermana Bety se había suicidado en un cuarto de hotel igual a ése, no se dio un tiro pero se colgó de una soga. Isaac la había encontrado de la misma manera que su sobrino Mark iba a encontrarlo a él. ¿Cómo fue para Isaac la experiencia del suicidio?, ¿llevó a cabo el suyo en un arrebato y dio de pretexto un inexistente cáncer?, ¿sintió miedo cuando tomó la pistola en su mano?, ¿dónde guardó en ese momento su profundo amor por la vida? Quizá pensó en Bety, quizá tuvo una última reflexión para el sentido de la vida, para el significado del suicidio que muchas veces discutimos. Ahora me doy cuenta de que Isaac nunca desaprobó la conducta de su hermana y que más bien la comprendía. Jamás me percaté de que atrás de esa comprensión había cierta envidia por su valentía y así, valientemente, metió el cañón de la pistola en su boca y disparó.

Nunca he tenido buena memoria para la poesía y sin embargo siempre recuerdo

los versos con que Miguel Hernández inicia su elegía por la muerte de su amigo: “En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, a quien tanto quería”. Hoy, de regreso a México, siento nostalgia por Isaac, porque no lo volveré a ver, porque se me escapó de una vez y para siempre, y como Miguel Hernández, querría decirle al Vikingo que daría cualquier cosa por *ser llorando el hortelano de la tierra que ocupa y estercola, compañero del alma, tan temprano*. Sé que no hay medida para saber el hueco que nos deja la muerte, sé que no hay palabras para expresar el dolor ni para consolar a nadie. Sé que perdí a un amigo, que Gabo y Lorena perdieron un gran padre, que la Universidad lamentará no tener a uno de sus más fieles maestros. Puedo decir que lo amaba apasionadamente, que lo voy a extrañar, y que aun con todos los amigos que me quedan, su ausencia me será siempre dolorosa. Ahora ya es inútil pensar cualquier cosa, como dice el refrán: “Ya que se ahogó el niño quieren tapar el pozo”. No entiendo la decisión de los suicidas pero la respeto. Si en algo hubiera podido ayudarlo me hubiera gustado haber estado con él, acompañarlo en ese último trance para mantener el pozo abierto de su amistad aunque él hubiera decidido quitarse la vida. [U]